

REAL ACADEMIA ALFONSO X EL SABIO

LETRA Y SON DE LA MUERTE
MURCIANA

DISCURSO LEIDO EL DIA 21 DE FEBRERO DE 1992

EN SU RECEPCION PUBLICA, POR EL

Ilmo. Sr. D. ASENSIO SAEZ GARCIA

Y CONTESTACION DEL

Ilmo. Sr. D. JUAN BARCELO JIMENEZ

MURCIA

1992

LETRA Y SON DE LA MUERTE MURCIANA

POR

ASENSIO SÁEZ GARCÍA

DISCURSO DE INGRESO EN LA ACADEMIA ALFONSO X EL SABIO

I. CONSIDERACIONES PRELIMINARES

Ilustrísimos señores académicos, señoras y señores:

Sean mis primeras palabras éstas que expresan mi gratitud para la Academia Alfonso X el Sabio por el honor con que me distingue al nombrarme académico de número.

Valgan asimismo, antes de entrar en los meollos, no sé si sustanciosos o no, de mi discurso, aquellos párrafos que, de algún modo, podrían ser llamados textos de justificación, pues no en vano viene uno a salir reo de que, frente a las exigencias de una severa investigación etnológica, se le enreden las personales vocaciones en los flecos folklóricos del tema elegido. Poderoso tirón éste de la letra y la música de la muerte murciana, materia hartamente suculenta para que uno, más cerca de los devaneos del poeta que de los rigores del investigador, pueda prescindir de su gancho o garabato, de su atractivo colorín que a uno tanto engolosina y engaita.

En cierta ocasión, Alberto Colao, académico de esta institución, escribió en las primeras páginas de un libro mío sobre San Ginés de la Jara: "Cuando los filósofos de la historia no pueden avanzar un paso más, son los poetas los que nos adentran a paso firme en la trascendencia, que es la realidad más verdadera. Exijo y aplaudo el rigor científico, pero está visto que también me dejo entusiasmar por el rigor poético. Son dos rigores que nos mantienen enhiestos y sin cualquiera de los dos el hombre renquea". Procuraré yo, así, que el santo no se me



vaya al cielo de los deslumbradores espejismos y las lucubraciones más o menos milagreras. Por no renquear, se sobreentiende.

Verdad es que para mí, que en más de una ocasión he insistido con gusto en el tema, tanto en la literatura como en la pintura, la muerte guarda así como una oculta fascinación, y no se crea, por favor, que yo he venido a aguarle la fiesta a nadie. Enamorado de la vida hasta las cachas, arrojaré por la borda con entera complacencia lo que de morboso o desapacible pudiera sobrenadar en alguna de las consideraciones que sobre la muerte aquí nos salgan al paso. En el fondo, por creyente, de antiguo vengo estimando que morir no es otra cosa que renacer, y bien que siento yo no recordar ahora el nombre de quien aconsejó llorar cuando se nace, nunca cuando se muere. A las claras anda: a ver qué otra cosa sino una continuación de la vida es la muerte para el creyente que con ella se encara preguntándole: “Muerte, ¿dónde está tu victoria?”.

Descansará este discurso, importa el dato, antes que en una filosofía de la muerte en su “atrezzo” costumbrista, en los fulgores que su presencia despliega en nuestro escenario regional, fúnebre filón pintoresco del que, por otra parte, el hombre actual despreciará, preocupado por taponar con torundas de desmemorias todo cuanto a la muerte le recuerde, incómodo ante la posibilidad de prescindir del nuevo becerro de oro del confort y, por supuesto, temeroso de enfrentarse un día a la pérdida de sus placenteros acomodados en aras de un infarto de miocardio o un fallo de frenos, valga un par de ejemplos dotados ambos, ¡ay!, de lamentable vigencia.

Está claro que ya no es el sexo sino la muerte el tema tabú para el españolito de hoy. Al niño, al que actualmente se le instruye a pincel sobre el misterio del sexo, se le escamotea pudorosamente la realidad del otro misterio de la muerte. Salta a la vista que al hombre de la postmodernidad nada le molesta tanto como que alguien o algo le venga a recordar aquel terco, pertinaz “morir habemos”, eslogan trapense un tanto demoleedor, la verdad por delante; infalible, sin embargo.

José María Cabodevilla puede así preguntarnos: “¿Han visto alguna vez con qué humanitario celo, con qué dedicación, los agentes de tráfico impiden que contemplemos a un hombre muerto en la carretera? ¡Circulen, no se paren! El espectáculo sería a todas luces deshonesto”. Rebelde ante el más allá, el hombre contemporáneo ha tendido sobre la muerte un paño de silencio y disimulo y ha acabado por desterrar cuantos atributos y alegorías pudieran de algún modo avivarle el recuerdo de aquélla: reloj de arena, guadaña, calavera con las dos tibias cruzadas, epitafio, túmulo, luto... Por recortarle a la muerte sus poderes, hasta ha prescindido de la capilla ardiente montada en la escenografía familiar de la casa, mandando al muerto a la plácida asepsia del tanatorio, con aire acondicionado, cafetería y aparcamiento privado, local desde el cual, escamoteando toda parafernalia de cura y sacristán, estandarte y “Dies irae”, al pobre difunto se le



hace atravesar, a toda prisa, entre semáforos y así como de tapadillo, aquel paisaje urbano que se supone amó entrañablemente.

Una decisión funcional barre de un manotazo lo que en otro tiempo pudo llamarse esplendor de la muerte. Puestos a prescindir, se prescinde de la sepultura o panteón, sustituidos ambos por la cremación, hoy promocionada a través de elegantes catálogos editados a todo color, todavía no del todo aceptados, todo hay que decirlo. Como en un viejo apólogo escatológico, he presenciado los dimes y diretes entre la desconsolada viuda y el avisgado empleado de la funeraria:

—Señora, por su economía miro, razones de higiene y comodidad aparte. Calcule usted, aunque por encima sea, la diferencia de coste entre una tumba de mármol y una incineración.

—¿Incineración? ¿Mi Pepe pasado por el microondas? ¡Menuda cochinado! Ea, que no, que no me va a mí eso de meter a un cristiano en un horno, como un plato precocinado.

No hubo, en verdad, medio humano de convencer a la buena señora. Y eso que el funerario insistió obstinadamente en lo aparente que en el anaquel de la sala de estar podía quedar la decorativa urna conteniendo las cenizas de Pepe, entre el manual de la doctora Ochoa y el muñeco «Cobi».

Decíamos. Verdad es que, finiquitada para siempre la gustosa aceptación del “muero porque no muero” y haciéndole cara al futuro desde la supertecnología de los “cuidados intensivos”, difícil será hoy recuperar aquel enamoramiento del que a la muerte llamó madrina y en las danzas a ella dedicadas emparejó al campesino con el emperador y a la dama con la pastora, haciendo nacer así el más igualatorio de los refranes: “Muere el Papa, muere el Rey, muere el duque y el prior de Guadalupe”. “Obra de dios perfecta; no castigo, sino don”, piropea un día a la muerte el murciano Federico Balart. Y, bueno, no haya más rodeos para entrar en materia, empezando, por lógicas y amorosas razones geográficas, con la presencia de la muerte en la murciana sierra minera, a una de cuyas laderas se ciñe La Unión, mi pueblo, tierra de muertos un día. ¡Dios, la de literatura barata demandada por la muerte del minero, la de tinta vertida, la de saliva gastada que contó y cantó la negra amenaza de la mina! Trovos, romances de ciego, pliegos de cordel y coplas que al labio se encaraman con intención contestataria unas veces, con temblor de oración dolorida otras, pueblan copiosamente el peculiar folklore de la minería murciana. La lírica analfabeta lo certifica cabalmente en una copla jonda que tantas veces cantó el pueblo.

*El minero en su negrura,
siempre trabajando abajo,
corta piedra blanda y dura
y con su mayor trabajo
va abriendo su sepultura.*

Por la vía de la copla, también por los caminos de la pena, a la bocamina hemos llegado. Pasen y vean.



II. LA MUERTE EN LA SIERRA MINERA

La obsesión por la muerte ha mordido siempre, obstinadamente, el corazón de las gentes sencillas de la mina. Por los senderos de la sierra, a lomos de un descarnado caballo, como el personaje de Durero, galopaba la muerte, guadaña de plata al hombro. De algún modo, su imperio fue asumido pronto por el minero. Los sins habían de cumplirse inexorablemente. Si el destino entroncaba al hombre de la mina a la muerte, todo lo que se hiciese para evitar su presencia, en vano había de resultar. Téngase en cuenta que hasta llegar a los ascensores eléctricos, los frenos, las lámparas de pila seca y tantas defensas como la nueva tecnología de la mina llegó a disponer un día, avalando seguridades y garantías, la presencia de la muerte amenazó tercamente la existencia del minero, a merced del derrumbamiento de una galería mal entibada, de una equívoca maniobra de la cuba o artilugio de bajadas y subidas, la explosión de un barreno erróneamente calculado y, por supuesto, el polvillo del mineral que corroe y mustia la rosa del pulmón hasta petrificarla.

La estampa del paisaje exultante de la sierra, barnizado por un sol todopoderoso, con el zócalo añil de los trasfondos marinceros, veíase a menudo manchada por la sangre. Como un calvario pagano, al pic del castillete de la mina, con el sudario y la escalera, el minero muerto, en brazos de una mujer dolorosa.

Mis años de niño se ven cruzados por gentes despavoridas que atienden a una sirena, voz de ángel exterminador, anunciadora de la tragedia en la mina. Inolvidable cuadro el de la sierra, si la noche andaba por medio, salpicada por las luces de carburo alumbrando el descenso de las víctimas, en camillas portadas a mano, único medio de salvar cuestras y quebradas. Un aguafuerte, luego, el del entierro colectivo, con los ataúdes pintados de negro, a hombros de amigos y compañeros, proa a la eternidad, mientras a voz en grito crecían los plantas de la despedida en boca de la esposa, la amante, la madre, las hermanas...

Mandaba la muerte. De repente, la galería, con sus tierras en colisión, podía convertirse en una profunda sepultura; la lámpara de acetileno, en piadosa lucerna; toda la sierra, un monumental panteón.

A fuerza de conjurarla por medio de hábitos ofrecidos a los santos, oraciones, exvotos y lamparillas de aceite, candela que ondula y chisporrotea al pie del cromo del Purgatorio, las gentes de la sierra terminaban por encadenarse más o menos gustosamente a un tenaz, permanente culto a la muerte. Hasta el minero enriquecido acababa aceptando complacidamente una curiosa costumbre, puesta en boga durante los años de oro de la sierra, consistente en que, a la vez que se ordenaba el rumboso palacete de arquitectura un tanto pedante, se encargaba



el fastuoso panteón o mausoleo en el cementerio. Precisamente la peculiar estructura del camposanto de La Unión dio pie hace unos años para el rodaje de una secuencia de «Mark misión», película de terror protagonizada por Christopher Lee. Con este motivo pude cazar la siguiente conversación:

—¿Sabe usted, madre, que he visto al «Drácula» rodar una película en el cementerio?

—¡Bendito Dios, qué falta de respeto la de hoy día! ¡Qué me dices!

—Lo que usted oye.

—¡Si tu padre levantara la cabeza, nene!

—Pues seguro que la volvía a amagar.

El cementerio de La Unión, al pie de la sierra, contó un día con una escalofriante parcela destinada al enterramiento de los que el pueblo conocía con el dramático nombre de “desgraciados”, esto es, suicidas, niños sin bautizar y aquellos que, víctimas de una muerte violenta, partían de este mundo sin recibir el sacramento de la penitencia, entre los cuales, lógicamente, figuraba un número no escaso de mineros fallecidos en accidente, que bien lo certificaba una de las más tristes coplas del cancionero de las minas:

*Madre mía, los mineros
qué buenos mozos que son,
pero tienen un defecto:
que mueren sin confesión.*

III. PLANTOS MINEROS. “COMPADRE, SI VA USTED AL CIELO...” UN RETRATISTA DE MUERTOS

Cada muerte de minero mantenía parecido ritual: aparatosa consternación aliñada de lamentos y lloros, capilla ardiente con el cadáver amortajado sobre la cama, sentido pésame del vecindario, teatraleros plantos:

—¡Ay, qué sola me dejas! ¡Bien que te lo decía: que la mina es una loba sedienta de sangres coloradas, y que te veía muerto en mitad de mis sueños, con los ojos parados como los de los santos de la procesión y un ramo de alhelíes encima! ¡Ay, lucero, que te vas y me dejas a oscuras!

Si durante el velatorio los plantos familiares decaían, eran las vecinas las que, generosas, colaboraban a la exaltación de las propiedades del difunto:

—¡Buena vista la tuya, muerte, que así siegas con tu guadaña el mejor clavel reventón del barrio! ¡San Pedro, abre el portón de la gloria con tu llave de plata a quien en vida resultó ser palma y corona de la minería!



A los plantos se unían los pintorescos “recados” al muerto:

–Ginés, lleva este parte a mi madre que en paz descanse: que por aquí andamos bien de salud y que la Rosario parió gemelos este último invierno.

–Ginés, si en el otro mundo te encuentras con mi cuñada Paca, le dirás que la abuela anda quebrantada por los alifafes, más para allá que para acá, como quien dice.

–Ginés, no te olvides de saludar en mi nombre a mi buen padre que en gloria esté y allí me espere muchos años.

La costumbre de los “recados” al muerto dio origen a una conocida copla, sin duda una de las más antiguas del cante de las minas:

*Compadre, si va usted al cielo,
hágame usted este favor:
pregúntele usted a mi abuelo
dónde se dejó el legón
y el capacico terrero.*

Si el duelo correspondía a familia adinerada, ya se sabía: con el aviso al cura y al funerario, se mandaba razón al fotógrafo. Se imponía aquella pavorosa moda de los retratos mortuorios que, comenzada en el pasado siglo con el encargo de retratar al difunto a un pintor, maldito a veces, fue luego continuada por la invención de la fotografía hasta alcanzar la primera década del presente siglo. En 1852, Federico de Madrazo había pintado a su sobrina muerta, con el alarido romántico, entre admiraciones, bajo la firma del pintor: “¡A las seis y cuarto de la tarde!”. Su yerno Fortuny firma por entonces el «Retrato de la señorita del Castillo en su lecho de muerte». Por su parte, Eduardo Rosales ha dibujado a lápiz a su hija muerta, coronada de rosas. Y en nuestro Museo de Bellas Artes se exhibe un cuadro romántico de Rafael Tejeo, titulado «Niña muerta».

¡Qué distintos luego, con la aparición de la fotografía, los retratos de muerto, evadida ya la atmósfera romántica del óleo para enfrentarse a la desnuda crueldad de la realidad a secas, con el retratado bajo las luces crudas del magnesio, atrapado por la muerte verdadera, que no por la consoladora dormición fingida por el pincel!

En su libro «La canción de la muerte», publicado en Cartagena en 1904, Vicente Medina ofrece, junto a sus lacrimógenos textos, una interesante colección de fotografías por él mismo firmada en la que, acompañando a una serie de dramáticos personajes, perspectivas de cementerios, cunas vacías, sepelios, etc., muestra una alucinante cabeza de muchacha muerta, cercada de ramos y guirnaldas, “hermosa flor con su corte de flores”, tema del que el poeta se sirve para componer una breve anécdota literaria, protagonizada por la abeja que, libando las flores mortuorias, se detendrá enseguida, con el mismo fin, en los labios de la doncella difunta.



En su ensayo sobre fotografía murciana, Guillermo Merck Luengo recoge los nombres de aquellos fotógrafos que en los días de vino y rosas de la ciudad abren gabinete en La Unión. Afincado en el número 117 de la calle Mayor, monta su estudio un "fotógrafo-pintor". Trastos al hombro, se dedica a visitar capillas ardientes en las que, cuidando con exquisito esmero la teatralidad de la composición, retrata a los difuntos. Pedro Mancebo fue su nombre.

IV. LA MUERTE Y EL CANTE DE LAS MINAS. «LA CARPETA DE PENCHO CROS». TROVOS FÚNEBRES

Familiarizada con el minero, es lógico que la muerte influyera —¡y de qué modo!— sobre el cante de las minas, una de las facetas más hermosas y dramáticas del folklore murciano.

En una de las primeras letras que podríamos considerar sociales, alguien que guarda en su corazón un oscuro resquemor ante los evidentes abusos y compendias de determinados patronos, se acerca hasta el minero para preguntarle:

*Minero, ¿pa qué trabajas
si pa tí no es el producto?
Pa el patrón son las alhajas,
para tu familia el luto
y para tí la mortaja.*

Andaban por entonces, caracoleando en los versos de la copla, las primeras intenciones contestatarias:

*De la entraña de la mina
sale el rico mineral
para que tengan berlina
los hijos de don Pascual.*

Otra copla aseguraba:

*Los mineros son leones
que los bajan enjaulados:
trabajan entre peñones
y allí mueren sepultados
dándole al rico millones.*

Son letras ingenuas, feroces algunas, abonadas por la resignación, por el rencor a veces:

*Pobreticos los mineros,
qué buenos hombres que son:
les estafan su dinero,
enriquecen al patrón
y se mueren los primeros.*



La muerte, siempre, venciendo en la copla incluso al sentimiento amoroso; letras en las que la mujer aparece tantas veces tocada por el ala lúgubre del luto:

*¿Quién es la del velo negro?
¡Qué triste y sola camina!
Es la mujer del minero
que murió ayer en la mina
de la explosión de un barreno.*

Ofelias y Beatrices, tostadas por el sol tórrido de la sierra, aceptan un día con entera conformidad el sino que las viste de negro.

*A la mujer del minero
se le puede llamar viuda.
¡Qué amargo gana el dinero
quien se pasa el día entero
cavando su sepultura!*

Una intención naif gana los octosílabos. Tardará todavía muchos años en llegar la preocupación estética de la letra destinada a las páginas de un libro, a la taquilla de un teatro, a las estrías de un “long-play”... De cualquier modo, estimables unas, vulgares otras, bajo la piel de la copla apuntaba siempre, goteando drama, la existencia del hombre de la mina, sus riesgos y desventuras.

Andando el tiempo, una letra, hoy popularísima, hacía referencia a la desolación en que la muerte, por una u otra causa, iba conformando la impronta “sui generis” de La Unión:

*Como corral sin gallinas
se está quedando La Unión,
unos que matan las minas
y otros que se lleva Dios.*

Más tarde, cuando el Festival Nacional del Cante de las Minas convocó a los poetas “oficiales” por darle nuevas alas a la copla, ésta se intelectualizaría, cambiando la barata purpurina de sus lirismos familiares por los panes de oro del tropo y la metáfora. A las letras populares, anónimas, se le sumaron así cuartetas y quintillas firmadas por José María Pemán, Manuel Alcántara, Carmen Conde, Antonio Murciano, Jaime Campmany, Salvador Pérez Valiente... Ni qué decir tiene que lo que la copla ganó entonces en estatura literaria lo perdió en frescura y espontaneidad.

Centenares de letras, un huerto frondoso de múltiples coplas, podemos encontrar hoy en un interesante libro no venal titulado «La carpeta de Pencho Cros», publicado bajo los auspicios de Enrique Hernández, mecenas “jondo”, letrista de buena ley él mismo. Repasando sus páginas, entre los temas del pai-



saje minero, la querencia al oficio, el amor y el desamor, tropezaremos más de una vez con el de la muerte, valga el ejemplo de esta copla firmada por Angel Roca:

*El día que yo me muera,
que me entierren en La Unión,
y todo aquel que me quiera
no me rece una oración.
¡Que me cante una minera!*

Una minera, “copla de hombres solos”, según Chacón. De todos modos, una oración. Porque, vamos a ver, ¿qué otra cosa es una minera en boca del hombre en desamparo, tocado por todos los miedos de la mina, sino una manera de establecer una conversación con Dios: una plegaria, sencillamente, flagelado salmo, oración en fin?

También el trovo, tan ligado al cante –recordemos que muchas letras del mismo fueron inventadas por los troveros–, recoge emocionadamente, en más de una ocasión, el tema de la muerte. El popular Pedro Cantares improvisa un día tras el entierro de una niña, por él tan entrañablemente estimada:

*Al cortejo silencioso
abrió su severa puerta
la necrópolis, desierta
mansión de eterno reposo...
Allí, un brazo musculoso,
sin duelo ni compasión,
pala, peto y azadón
dióle tierra al ángel mío...
y junto a su cuerpo frío,
enterró mi corazón!*

Poco antes de su propia muerte, el trovero Gregorio Madrid improvisó su última copla en un homenaje a su amigo José Sánchez, alias «el Raspinegro»:

*Aunque te fuiste, has quedado.
Yo que quedo, he de marchar...
Cítame pronto a tu lado
para la muerte cruzar.*

En el cementerio de San Antón, de Cartagena, una lámpara minera alumbraba simbólicamente la tumba de Marín, llamado “el rey de los troveros”. En la cabecera de ésta, una redondilla del propio Marín reza:

*A rezar y a llevar flores
muchos a mi tumba irán.
“Aquí descansa –dirán–
el rey de los trovadores”.*



V. PRESENCIA DE LA MUERTE EN LA HUERTA. AVISOS Y PREMONICIONES. ALTAR DE ÁNIMAS. “EN TU PUERTA ESTÁN LAS ALMAS...”

De la mina a la huerta, vetada ésta por fúnebres creencias, fenómenos misteriosos, pintorescas supersticiones... Hasta la tarjeta postal del paisaje jocundo, cruzado por la vena del río, padre Segura fecundador, la muerte manda sus recados; piadosa, avisa de su proximidad por medio del mochuelo acomodado sobre el tejado, por el canto nocturno del gallo, por el aullido lastimero del perro, por los propios hoyos que éste se decide a escarbar en el patio, tapados inmediatamente por la precaución familiar; por las “llamadas” de San Pascual Bailón, consistentes en tres golpes secos, escalofriantes en verdad, sobre el cabecero de la cama, rajando el silencio de la noche...

En 1915, Mariano Ruiz-Funes escribe en su «Derecho consuetudinario y economía popular de la provincia de Murcia»: “En el pueblo y huerta de Murcia hay una devoción extraordinaria por María Storch, que fundó el convento de Capuchinas y que murió en olor de santidad. La gente popular la llama la «Madre Fundadora», y cree que su cuerpo se conserva intacto, que le crecen las uñas y que avisa la muerte a sus devotos, con tres golpes en la pared de la alcoba, para que se pongan bien con Dios”. Igualmente, el Ánima sola, expresión con que se conoce aquella aparición fantasmal, errante por la huerta, por el pueblo en soledad, denuncia la cercanía de la muerte.

A la vista está: centrado por las Benditas Ánimas, se abre todo un completo ritual, ciertamente conmovedor. Por carriles y senderos, calles y plazas, enderezan su andadura los devotos convocados por el doblar de la campana que anuncia la novena en sufragio de las almas que en el Purgatorio aguardan la bienaventuranza eterna; cruzan los Auroros, al aire sus salves de difuntos; se abre paso el cortejo de los Animeros tras el estandarte de la Virgen del Carmen... Mandan los muertos, solicitan oraciones, cultos, calles a ellas dedicadas, tales como las que cuentan en la nomenclatura urbana de varios pueblos murcianos...

Exceptuando aquellas iglesias en luna de miel hoy con un progresismo mal entendido, se diría que proyectadas con la equívoca intención de que arquitectónicamente se parezcan a una cafetería, a un almacén de cereales o a la sala de espera de un aeropuerto, todo menos a una iglesia, pocos templos dejan de contar con un altar de Ánimas, bien tabla de buena firma, bien cromo pajarero presidido por la Virgen del Carmen, sentada en el merengue de una nube gordal, liberando del fuego del Purgatorio a las “Benditas”. Excepcionalmente, en alguna iglesia, sin duda por la influencia de los dominicos, la Virgen del Carmen es sustituida por la del Rosario, tal un antiguo cuadro de Ánimas en la iglesia de



Santo Domingo, de Mula. Los historiadores González Castaño y González Fernández nos remiten a un curioso cuadro de Ánimas existente en la iglesia de Albudeite (¿siglo XVIII?), en el que aparece la Santísima Trinidad sobre la esfera del mundo. Coronada de estrellas, la imagen de Nuestra Señora parece ordenar a un ángel la salida de un alma del fuego del Purgatorio.

En la misma Murcia, hasta no hace muchos años, cercano a la iglesia de San Nicolás, un retablillo de Ánimas, adosado a un viejo edificio, nos avisaba de posibles y dolorosas penas futuras, como tal era la misión del cuadro del Purgatorio que, precisamente ubicado en la calle de las Ánimas del barrio de San Juan, promovía la oración del transeúnte. Aún hoy, en el exterior de la iglesia de San Bartolomé, puede descubrirse un vetusto altar de Ánimas, acompañado de pertinente advertencia:

*A las Ánimas Benditas
no te pese hacerles bien,
que sabe Dios si mañana
scrás ánima también.*

No he encontrado nunca una representación plástica del tema de las Ánimas Benditas más deliciosa y atractiva que la bellísima obra de Juan Porcel, dramática escultura compuesta por la imagen de la Virgen, sedente; el vuelo celestial de un ángel y cinco Ánimas, caballeros y damas así como de mucha alcornia y dulzura, que entre ígneas lenguas coloradas, aguardan, en beatífico éxtasis, su respectiva liberación. Lejana a todo siniestrismo, es ésta una escultura de alguna manera reconfortante, andariega a todas luces, pues, recibiendo culto en la iglesia de la Caridad, de Cartagena, en más de una ocasión ha podido ser contemplada en Murcia, integrada en algunas de sus exposiciones exaltadoras de nuestra imaginería barroca, la última precisamente la titulada «Murcia barroca», en la que tan garbosamente presidió la sala del primer piso del Almudí.

Bienaventuradas unas, en trance de expiación otras, las Ánimas cuentan con nosotros. Las que aún padecen penas de calentura embutidas en el fuego del Purgatorio aguardan nuestra piadosa mediación para escapar de su personal castigo a través del oportuno sufragio: misa encargada, oración, exvoto, letrilla popular, santa limosna... Rezando la oración de San Francisco, reforzada por el rosario, se puede sacar un alma del Purgatorio:

*San Francisco, flor de flores
padre de predicadores,
ermitaño de la luz
que lleva bandera y cruz,
quien te diga esta oración
todos los viernes del año
sacará un alma en pena
si reza un santo rosario...*



Una romántica aura de misterio, un poético vaho de fascinación y espejismo, ha impregnado siempre el tema de las Benditas Ánimas, un tanto cuarteado hoy, derrotado por la cultura de la modernidad que entierra a sus muertos definitivamente, sin opción a una convocatoria que, de algún modo, los haga retornar, siquiera en ese leve crujido que inesperadamente irrumpe en el silencio de nuestra soledad y que no pertenece a ningún mueble carcomido, en esa ventana abierta súbitamente por un golpe de viento inexistente, en ese vuelo de una mariposa blanca, en ese agua muerta de un espejo que recoge nuestra imagen y no sólo nuestra imagen, en esa fugaz guedeja de niebla que entra por el balcón, acaso cerrado...

“Acuden las almas desde su Purgatorio al recuerdo y la llamada de sus seres terrenos”, escribe Francisco Sánchez Bautista, acercándonos las oraciones que los mendigos cantaban frente a aquellas casas hasta las cuales arribaban por solicitar una limosna:

*Las Ánimas a tu puerta
cantan y gimen y lloran.
Quieren que las favorezcas
con tu bendita limosna.*

*Y si limosna no tienes,
le ofreces el corazón
porque las almas sin pena
son a los ojos de Dios.*

Otra letra, popularísima en su tiempo era la que sigue:

*En tu puerta están las almas
y te piden un favor:
una bendita limosna
en el nombre del Señor.*

Al zurrón iban entonces el pingüe rimero de higos, el puñado de almendras, la bolsa de harina, la buena rebanada de pan... Decisiones generosas que daban pie, por obligada gratitud, a nuevos cantares:

*Llama el hermano a la hermana,
el pariente a la parienta,
y el marido a la mujer
le dice de esta manera:
“Ruégale a Dios bondadoso
que me saque de estas penas
y me lleve a descansar
a su santa gloria eterna”.*





Altar de Animas

"Prohibida la reproducción total o parcial sin consentimiento del autor"





A. SAEZ

Tosantos

"Prohibida la reproducción total o parcial sin consentimiento del autor"



Y luego:

*Si te quemas una mano,
¿qué dolor no pasarás?
Acuérdate de quien arde
y en el Purgatorio está.*

Verdad es que la devoción a las Ánimas Benditas ha inspirado siempre a la Musa popular, y así lo viene a testificar Pedro Díaz Cassou en su libro «Tradiciones y costumbres murcianas», en el que nos ofrece, entre otras, una letra en viejos tiempos por todos conocida:

*A las Ánimas Benditas
nadie les cierre su puerta;
con decirles que perdonen,
se van ellas muy contentas.*

VI. COFRADÍAS DE ÁNIMAS. ANIMEROS. COPLAS DE ÁNIMAS

Para fomentar el culto a los muertos, nacieron las cofradías de Ánimas, pujantes ayer por los legados testamentarios, cesiones, mandas y otras piadosas prebendas que, en más de una ocasión, llegaban a convertir a las Ánimas en propietarias, percibiendo el usufructo de aquellas tierras registradas a su nombre, tales las pertenecientes a la que vino a llamarse “era de las Ánimas Benditas”, en Javalí Nuevo. Por utilizar la misma para determinados menesteres agrícolas, había que abonar a la cofradía de Ánimas el correspondiente estipendio. Sólo manteniendo una robusta fe en el más allá, podía entenderse este devoto trapiqueo comercial entre la tierra y el cielo. A cambio de asegurarle al difunto la bienaventuranza eterna nació el “cepillo de Ánimas”, buzón hasta no hace mucho tiempo abierto en todas las iglesias. Pedro Vicente –nos lo cuenta Ortuño Palao en su libro «La vida en Yecla en el siglo XVIII»–, mirando por la salvación de su propia alma, paga en vida el importe de ciento diecisiete misas.

Las cofradías de Ánimas estaban integradas por el Hermano Mayor, que asumía las funciones de administración y control; los colectores, encargados de recaudar dádivas y limosnas, y los hermanos de “tarja”, los cuales pagaban una cuota convenida. Los ingresos se destinaban a sufragar parte del culto de la iglesia y, por supuesto, a engrosar las arcas de la cofradía. Según texto de Luna Samperio y Lucas Picazo en el libro recopilador de los trabajos del primer encuentro murciano que sobre el tema «Cultura Tradicional y Folklore» se edita en 1981, si el difunto no poseía dinero para el ataúd, como normalmente sucedía, la cofradía se lo proporcionaba. Sabemos, por ejemplo, que en Totana la cofradía de la Aurora costeaba entierro y misa; claro que cada cofrade se compromete



tía a abonar mensualmente, mientras viviera, sus buenos quince céntimos. En Yecla, la cofradía de las Ánimas dedicaba a cada hermano difunto seis misas. Y en Lorca, las del Rosario y Ánimas se hacían cargo del estipendio de cada misa de cabo de año. En San Pedro del Pinatar los cofrades de Ánimas, enarbolando sus pendones negros y blancos, acompañaban a los difuntos hasta el cementerio.

Está claro que este sistema de organización cofradiera se remonta a muchos años atrás. Antonio Sánchez Maurandi, en su «Historia de Mula y su comarca», afirma que las cofradías de Ánimas de dicha población podrían tener su origen en el siglo XVI.

En la actualidad el rito de Ánimas queda reducido generalmente a la actuación musical de las cuadrillas, o animeros. Sálvase, entre otras poblaciones, sin embargo, Blanca, descansando todavía en el completo rito animero. Domingos y fiestas de guardar, varios colectores, campanilla anunciadora por medio, solicitan el oportuno óbolo para la cofradía. Llegado el tiempo de Navidad, tras el estandarte de la Virgen del Carmen, ornado de flores artificiales, canta la cuadrilla:

*Sal a la puerta y verás
el soberano estandarte
de las Ánimas Benditas
que han venido a visitarte.*

Aunque extinguidas como cofradías, se conservan actualmente aquellas cuadrillas que en las jornadas navideñas piden para las Ánimas. Para diferenciarlas de los “aguilandos”, con el nombre de “animeras” son bautizadas sus coplas. Hace años, junto al estandarte de la cuadrilla, llegó a figurar el llamado “mochilero”, bestia de carga en cuyos serones iban depositando las variadas dádivas en especie: cordiales de almendra, cascós escarchados, mantecados, alfajores e incluso alguna más o menos robusta gallina...

Independientemente de las letras que, por aficiones troveras, tan legítimas, son compuestas sobre la marcha por los propios miembros de la cuadrilla, las “animeras” vienen a resultar comunes a todos los pueblos:

*A las Ánimas Benditas
dadle dineros, devotos,
que puede ser que otro año
las pidan para vosotros.*

Alberto Sevilla recoge en su «Cancionero murciano» una estimable colección de “animeras”:

*Ya se sienten los lamentos
de la triste campanilla
de los devotos y hermanos
que vienen en la cuadrilla.*



*En tu puerta está la Virgen,
que te pide con fervor
una bendita limosna
en el nombre del Señor.*

*A las Ánimas Benditas
tienes, devoto, a tu puerta;
dale limosna y tendrás
la gloria por siempre cierta.*

*La limosna que pedimos
para las Ánimas es.
Para nosotros no es nada,
que aquí no cabe interés.*

*El primer día de Pascua
salen la almas cantando
a casa de sus devotos,
a pedir el aguinaldo.*

*A las Ánimas Benditas
dale tu limosna, hermano,
que ellas en el Purgatorio
por tí seguirán rezando.*

En determinados lugares –campos de Lorca, Caravaca, Moratalla, etc.–, los animeros adelantaban su salida. Días antes de Nochebuena, ya andaban las cuadrillas dale que le darás a la pandereta, sacando de las bocas de las guitarras pegadizas melodías. Solicitando un óbolo para las Ánimas, se detenía la comitiva ante una casa cualquiera. El mayordomo dejaba de tocar la campanilla para golpear la puerta, preguntando: “¿Se canta o se reza?”. Sólo si un luto entristecía los ánimos familiares, se decidía por la oración en sufragio del difunto. Dato sustancioso: la participación de las cuadrillas en las denominadas “misas de gozo”, rematadas con la más solemne “del Gallo”:

*¿Qué es eso que hay estampado
en la hoja del misal?
Es Cristo Crucificado
que lo van a consagrar.*

Pura delicia la ingenuidad de la de sus versos, voz auténtica del pueblo, coplas alcanzadas por un airón silvestre, encantador; aroma de huerta, vuelo de pájaro pintado a mano sobre la piel de una cerámica popular, gozo e inocencia de una tarde de convite de boda o bautizo...



*Ya se ha acabado la misa,
ya se ha cerrado el misal,
sea por siempre alabado
sin pecado original.*

*Echemos la despedida,
la que Cristo echó en Belén.
Quien aquí nos ha juntado
nos junte en la gloria, amén.*

Dentro del tiempo de Navidad y promovidos por los animeros, fueron totalmente del agrado del pueblo los bailes de Inocentes, destinados a recaudar fondos a fin de costear misas en sufragio de las Ánimas, y así lo testifica en 1889 Amador de los Ríos en su «Murcia», calificando a tales bailes de “diversión inocente” y doliéndose de que los tiempos que por entonces corren hayan menoscabado un tanto el verdadero espíritu folklórico del festejo.

Todavía más allá de Navidad, acaso por aquello de que hasta San Antón pascuas son, la Copa de Bullas cuenta aún con un animado “baile de pujas”, celebrado el mismo día 17 de enero, festividad del mencionado santo, en cuya víspera se queman hogueras en ayuda y purificación de las Ánimas.

VII. VELATORIOS. EL «MORTICHUELO». ESQUELAS, ENTIERROS Y ALBOROQUES DE DIFUNTOS. “COMO ME VES, TE VERÁS”.

Aunque con alguna que otra variante, un nexo común unificaba –de algún modo, continúa unificando– todos los velatorios.

- Les acompaño en el sentimiento.
- Hoy unos, mañana otros.
- Que venimos de paso.
- El pobre ya ha descansado.
- Dios le dé su gloria y a ustedes la salud para hacer bien por su alma.

Como capilla ardiente se elegía la habitación de dimensiones más generosas de la casa. El ataúd, sobre el suelo, alumbrado por cuatro velones. Un “santocristo” asido a las entrelazadas manos del difunto. Cubriendo el rostro de éste, un pañuelo. Los pies del muerto embutidos en impecables calcetines, de estreno si podía ser. Sin calzado. El hecho de enterrar al difunto con zapatos suponía, según creencia de algunos pueblos, enderezarle la andadura hacia el infierno.

Cercanas al ataúd, las mujeres de la familia aparecían cómodamente arrellanadas en butacas o mecedoras, que no en vano habían de pechar, despabiladas y



en forma, con las veinticuatro horas del velatorio. Los hombres, aparte, en el comedor, generalmente, liando cigarro tras cigarro.

Las vecinas colaboraban al evento de buen grado, aportando unas sillas de su propiedad con destino a las copiosas visitas de pésame, yendo y viniendo, solícitas, tazón de tila en mano, remedio santo contra el sobresalto y el repullo; preparando con destino a los dolientes un jugoso caldo de gallina, con una yema mejida...

—Ahora os vais a tomar esta tacica de caldo que resucita a un muerto. Bueno, es un decir.

A lo largo de las plúmbeas horas del velatorio, largas como maromas, se renovaban las fórmulas de pésame, repetidos clichés, los “no somos nada”, los “quién lo iba a decir”, los “era un santo”...

—¿Cómo ha sido, nena?

—Pues, nada, que estaba fumándose su cigarro de después de comer, tan a gusto en su mecedora, que andaba yo en la faena de dismantelar la mesa, cuando de pronto alcanzo así como un resuello anheloso, y voy y me lo encuentro con la cabeza en descuelgue, sin respiración, hecho un pajarico. ¿Queréis verlo? Con su traje de los domingos ha quedado muy aparente.

—Pues no, preferimos recordarlo en vida.

Sobre velatorios murcianos escribe el citado Mariano Ruiz-Funes: “Son frecuentes en la huerta los excesos apasionados de dolor y los llantos ruidosos... Las mujeres que acuden a un duelo se creen obligadas a participar en él como si fuera cosa propia”. Y añade todavía, como curioso estrambote colorista: “En Murcia hubo plañideras oficiales”.

Velatorios singulares constituían sin duda los correspondientes al párvulo bautizado o “mortichuelo”. La certidumbre de la bienaventuranza eterna cambiaba totalmente el ritual mortuorio, otorgándole aire de festejo mayor, en los que los “requiem acternan” eran sustituidos por los “glorias”, el negro funerario por el blanco impoluto. Un niño entraba en la gloria, engrosando la nómina de la angelería infantil pintada por Murillo. El “mortichuelo” demandaba, así, una especial capilla ardiente. Colocado sobre la mesa del comedor, oportunamente engalanada, y tachonado por un cielo de sábanas, aparecía el blanco féretro en posición vertical, por lo que el difunto, coronado por niveas flores, semejaba estar en pie. Un vergel resuelto en blancos, carroza de coso blanco, tarta de día de santo la habitación toda, coruscante de luces, enjardinada de rosas de trapo, albas guirnaldas, follajes de papel de estaño...

Contemplando hace tan sólo unos meses la extraordinaria exposición de fotografías del peruano Martín Chambi, descubrí, entre otros temas conmovedores,



la capilla ardiente de un niño, centrando éste una especie de camarín custodiado por cuatro ángeles de rara catadura, los cuales alumbraban eléctricamente una abigarrada escenografía de coronas, lazadas y guirnaldas de flor artificial, como macabro festival, circo funerario, verbena de la muerte. Sentí entonces no conocer ningún testimonio gráfico de nuestros “mortichuelos”, pues que yo sepa sólo el pintor Mariano Ballester recogió el tema en unos magníficos apuntes entroncados de alguna manera al “niño muerto” de Doré que, ilustrando su «Viaje a España», publicó en 1862 el Barón Charles Duvillier. En un artículo insertado en «La Verdad», el académico Julio Mas cita una estrofa correspondiente a una de aquellas fiestas rubricadas por danzas y cánticos funerarios, acompañados por guitarras y castañuelas, celebradas en honor de los “mortichuelos”:

*Aunque la madre llora
y en nada encuentra consuelo,
es la pobre muy dichosa
porque el hijo está en el cielo.*

Para comunicar el vecindario la noticia de un óbito, en los pueblos se utilizaba y de hecho continúa utilizándose la siniestra esquila orlada de negro, tantas veces compuesta a mano en la modesta imprenta, expuesta en tabernas y barberías. En su «Nueva guía secreta de Murcia», publicada por entregas en el periódico «La Opinión», Ismael Galiana viene a asegurar que, siguiendo una costumbre murciana y para una mejor identificación del finado, no hay esquila completa sin el correspondiente apodo. Varias páginas serían necesarias para ofrecer la nómina de alias de difuntos, muchos de los cuales Galiana recolecta en su citada guía. Valga como antología de urgencia el siguiente muestrario: “el Borrego”, “la Santa”, “el Bocazas”, “el Señorito”, “Nene Mariana”, “el Mea”, “la Liberala”, “el Rata”, “la de los Higos de Pala”...

Manera peculiar de anunciar un entierro era la utilizada un día por Cieza a favor de los hermanos de la cofradía de Nuestro Padre Jesús. Según el nombrado texto de Ruiz-Funes, “un chico va por la calle, silencioso, tocando una campanilla. La gente que conoce el acto le pregunta el nombre del difunto, y él lo dice”. Procedimiento parecido era el que Yecla manejó para convocar el entierro de un miembro de la cofradía de Ánimas. Un hermano recorría las calles de la ciudad, pronunciando el pregón sacramental por el que se precisaba únicamente la hora del entierro. Sólo a aquellos que preguntaban, se les comunicaba el nombre del difunto. Al entierro se asistía con capa o con “unos largos capotes de sarga muy semejantes a las chilabas”. Cito textualmente al varias veces nombrado Ruiz-Funes.

Llegada la hora del entierro, las mujeres de la familia, acompañadas por amigas y vecinas, permanecían en el domicilio mortuorio, pues sólo los hombres habían de componer el fúnebre cortejo. Alucinante excepción aquellos entierros que hace muchos años protagonizaban las difuntas doncellas de Lorca. Las ami-



gas de éstas adornaban con flores una palma, con la que visitaban a amigos y conocidos, solicitando una limosna a favor del mejor lucimiento del entierro, en el que ellas mismas figuraban tras el féretro. Cubriendo éste aparecía la engalanada palma. A la difunta se le dejaba suelto el cabello, colgando en espeluznante cascada fuera del ataúd.

De entierros, contar y no acabar. Tras el estandarte de la parroquia, curas y sacristanes, hisopo y caldereta en mano, entonaban con más o menos gana aquellos solemne responsorios por el pueblo nombrados “gorigoris”. Según Antonio Martínez Cerezo en su «Murcia, de la A a la Z», “nadie ha descrito los gorigoris de nuestra Murcia de primero de siglo como el desenfadado e inolvidable Perico Flores en su proyecto de memorias”. Continúa afirmando Martínez Cerezo que para Flores los ruidos más atractivos eran los de los entierros, “Más bellos que los de las procesiones, que ya es decir”, especificaba el pintor, pasando inmediatamente a describir con una prosa que entronca con la del pintor Solana en su libro “La España negra” aquella emoción personal que le suscitaba escuchar la pequeña orquesta que, interpretando música clásica, figuraba en los entierros de primera clase. “En la oquedad silenciosa –pluma de Flores–, estas músicas subían al cielo ciertamente, al severo esplendor decorativo de casullas, sotanas, etc.”. Por la ya citada “Nueva guía secreta de Murcia”, nos enteramos de que Pedro Flores vivió, de niño, en la calle de Bodegones, próximo a la plaza precisamente de las Flores nombrada, por lo que podía presenciar a gusto “el paso de las caravanas mortuorias de la vecina plaza de San Pedro”, cito ce por be al pintor, que añade: “Los entierros de antes sí que eran entierros... La hora propicia era a eso de las tres de la tarde”. Se detendrá luego Flores en la descripción de las carrozas fúnebres, conducidas –en los entierros de primera, se supone– por cocheros tocados de bicornio plateado, levita galonada, medias, zapatos de hebilla... Una vez despedido el duelo en la calle de Santa Teresa o en las cercanías de la iglesia de San Andrés, los que gustaban de acompañar al difunto hasta el cementerio “montaban en galeras y tartanas”.

Al amor del paso de los entierros, taberna hubo que sentó sus reales mirando por el bien de quienes, por cumplir con humanitaria obra de misericordia, regresaban del cementerio tras dar cristiana sepultura al difunto, buscando, en oportuno convite, consolaciones para la pena, alivios para el gaxnate. Háblase aquí –¿hay que decirlo?– del llamado alboroque. A la vuelta del camposanto, pues, en pie la pertinente ronda “por la salud del muerto”. Antes de llevarlo a la boca, se inclinaba el vaso, dejando caer unas gotas de su contenido al suelo, a la vez que más o menos compugidamente se precisaba: “Estas lagrimicas por el difunto”.

“Hasta tal punto se llevaba a rajatabla la costumbre del alboroque –nos cuenta Ruiz Marín– que, según me dijo en una ocasión mi pariente Daniel, que tenía un ventorrillo a la entrada de la “Verea del Cementerio”, en Llano de Brujas,



los días de entierro despachaba dos o tres arrobas más de vino que en los días normales”.

Pocos días después del entierro, tenía lugar la “salida a misa”. Resulta que hasta el Concilio Vaticano II, sólo en contadas ocasiones se celebraban misas de “córpo in sepulto”, por lo que la misa en sufragio del difunto se posponía a varios días más tarde de su entierro. Las familias amigas acompañaban hasta la iglesia a los deudos. Abriendo marcha, los familiares, de luto riguroso: tinta china de las camisas de los hombres, de los caudalosos mantos femeninos, zapatos o alpargatas, negro sobre negro, cuervos de Poc. Detrás “la compañía”, en respetuoso silencio, sin despegar los labios, sin saludar a nadie que se cruzase en el itinerario a seguir hasta el templo. Tras la salida a misa, la familia del difunto reanudaba su vida normal.

Si el presupuesto familiar daba de sí, la misa de duelo era convocada a través del “recordatorio”, con las bonitas efigies de la Dolorosa del dedito fuera del manto en que se arrebujaba, el Cristo de Limpias, el Ecce-Homo y, por supuesto, los salzillescos del Ángel de la Oración. En el fondo, nadie sabía qué hacer luego con aquellas estampas, un tanto siniestras, de los “recordatorios”, como filatelia de la muerte, cromos del álbum del otro mundo, llamadas al “como me ves, te verás”. Mandarlos con viento fresco al cubo de la basura constituía una profanación, arrumbarlos en la leonera, entre el rimero de viejas revistas ilustradas y el destartalado gramófono de cantar Carlos Gardel, una falta de respeto. Después de muchas dudas, se elegía como solución más idónea, el fuego purificador, candela santa que los reducía a cenizas. Pues bueno, siempre había alguien que, al elegir este más o menos piadoso remedio, aseguraba haber escuchado, elevándose entre las llamas, así como un eco misterioso, procedente de no se sabía qué ignotos horizontes funerarios, acaso una salutación cordial enviada por el difunto desde la ultratumba, la resonancia del sueño eterno, la voz del más allá, en fin.

VIII. EL ÁNIMA SOLA. LEYENDAS Y CONSEJAS. LA MIEL DEL MIEDO

Líbrenos Dios del encuentro con el Ánima sola.

Cuenta Ferrándiz Araujo en su libro «Medicina popular en Cartagena» que, tras el entierro, transecurridos varios días, corríase a veces la voz popular de que el alma del difunto “estaba en pena” y que, por lo tanto, no encontraba su destino. “En diversos lugares se habla de apariciones de muertos –continúa el escritor cartagenero–, y hemos podido cambiar impresiones –en Perú–, a los tres días de una aparición, con uno de los que han hablado con el muerto, “alma en pena”, en la casa de la palmera, junto al Huerto del Inglés. “Sólo –dice– veía la sombra pero reconocía el habla del aparecido de inmediato, pues, amigo mío



en vida, me mandó que le fuesen colocadas a la Virgen de la Muela dos velas que le tenía prometidas y no cumplió, ni él ni su mujer”.

Por su parte, Luis Carandell, en su libro «Tus amigos no te olvidan», advierte: “Entre las doce y la una pasa la mala fortuna. Si a partir de las doce de la noche se cruza usted con una persona en el campo o en alguna oscura calle de un pueblo, hará bien en no saludarla. Es muy posible que el ser con quien acaba de cruzarse sea un *Ánima* y el saludo que usted le dirija puede ser muy mal interpretado por ella, trayendo consigo posteriores inesperadas represalias. Ha ocurrido muchas veces. Las *Ánimas* son extremadamente sensibles y con mucha facilidad creen que se burla uno de ellas”.

De cualquier modo, por temor o piedad, a la vista está que el pueblo se ha encargado siempre de favorecer a aquellas *Ánimas* que, si no cuentan con deudos o amigos que de ella hagan memoria, solicitan de aquél que al paso les sale la merced de un recado, un sufragio, el cumplimiento de un voto...

La fórmula del visitado por el *Ánima* era siempre la misma:

–En el nombre de Dios, dime qué quieres.

Especificaba entonces el *Ánima* su petición, valga el ejemplo:

–El encargo de un par de misas que me libren del fuego del Purgatorio.

Quien misas decía podía decir también la asistencia a la procesión del Santo Entierro, portando una vela encendida; el ir descalzo a tal ermita, en la romería del santo titular; el encargo al cura del rezo del “Dies Irae” o el responso liberador...

A la búsqueda de lo que pudiéramos llamar placer del miedo, se ha fomentado siempre la fábula terrorífica protagonizada por las *Ánimas* en pena. Así, las apariciones de éstas han dado pie a copiosas consejas y leyendas, muchas de ellas comunes a distintas geografías, historietas tantas veces relatadas en las noches invernales, al abrigo del fuego crepitante del hogar: la del sacerdote que en la madrugada recibe aviso para llevar el viático a un moribundo, y en el camino se tropieza con el alma del enfermo, que acaba de expirar; el del cochero que, conduciendo una fúnebre carroza que porta un pesado ataúd, descubre cómo el alma del muerto se encarama al pescante y se sienta junto a él; la del caballero, en fin, que, al regresar a su domicilio, mediada la noche, descubre cómo varios empleados de una funeraria introducen un féretro en su portal y al preguntar, extrañado, quién es el difunto, le contestan que él mismo, cayendo fulminado al suelo...

Valgan asimismo como ejemplos de asuntos autóctonos, aunque resumidos sean, el del *Ánima* del torreón y el de la dama misteriosa de la isla Mayor,



ambos recogidos en las «Leyendas de Murcia», colección de temas populares al cuidado literario de Juan García Abellán, que escribió los textos. En el primero de ellos, el alma de una dama adúltera siembra el temor entre las gentes de Murcia, pues cada noche se alcanza a contemplar, entre azuladas humaredas y horriblos lamentos, la danza que desde la atalaya o torreón de su palacete ejecuta la dama, así espantando a vecinos y viandantes. No se conoce cuánto tiempo hubieron de soportar éstos tan tétricas apariciones. Sí se sabe que, como señal de su terminación, una blanca paloma remontó su vuelo desde el torreón, llevándose tras de sí el alma de la cuitada.

De las cinco islas que decoran las aguas del Mar Menor, la más grande, llamada precisamente isla Mayor, pasa un día a ser escenario de la leyenda de otra misteriosa dama que, al saber por qué ocultas razones, al morir es enterrada en una parte secreta de la isla. Cada tarde, a la caída del sol, cuando el agua del mar se tiñe de oro alcanzada por el incendio del poniente, el alma de la difunta vaga por la isla, envuelta en un vaporoso resplandor, así como de alado fuego fatuo.

Son viejas historias en las que hoy, evidentemente, nadie cree, pero las cuales siguen alimentando parte de los miedos del hombre actual, aquéllos que, a partir de los años treinta comenzaron a ser exaltados por la «Universal» como productora del cine de terror, antecedentes de las nuevas y espeluznantes invenciones del televisor o el vídeo. No hay que decirlo: el hombre de hoy vienen aceptando gustosamente el miedo como placer no del todo confesable, con el que, a cambio de lo que un crítico británico llama “orgías de adrenalina”, hay que seguir contando. Den fe, sino, James Whale, Terence Fisher, Alfred Hitchcock, Ibáñez Serrador, Mario Brava..., orfebres del pánico. Todos ellos saben que sus provocados miedos cinematográficos tienen algo de saludable terapéutica y que tras el oportuno “the end” de la película de turno, una vez consumida la correspondiente dosis de sobresaltos y desazones por los que es regulada convenientemente la hormona del riego sanguíneo, el hombre retorna a sus afanes cotidianos así como más boyante y entero, podríamos decir más preparado para el escalofrío y el repelús de la propia vida. En última instancia, entre el *Ánima sola* y *Christopher Lee* media sólo una delgada frontera. Con el mismo temeroso interés que ayer escuchó la inquietante conseja al amor de la lumbre, el hombre que ha pisado la luna y que, a bordo del «Concorde» puede cruzar el Atlántico en menos de tres horas, continúa conectando tan ricamente, a orillas del nuevo milenio, con el último telefilme de terror, adicto como sus antepasados a la miel del miedo.



IX. EL LUTO. GEOGRAFÍA REGIONAL DEL LUTO. ALIVIO DE LUTO

Capítulo deprimente, el del luto. El luto, hoy aliviado cuando no del todo desaparecido, imponía sobre el doliente, implacable, sus yugos y tiranías.

Rigores del negro en las prendas de vestir, a saber: tres años de luto cerrado por la muerte de los padres, dos por la de un hermano, uno por la de un abuelo... Se da por sabido que hablo en términos generales, pues en Fortuna, valga el ejemplo de total fidelidad al luto, la viuda vestía de negro hasta su propia muerte.

Acortar un luto era como faltar a la memoria del muerto.

—¿Quién, yo de color mientras mi Pencho anda pudriendo tierra? Antes me aspan.

—Mujer, después de todo, el luto se lleva en el corazón, no en el color de la ropa.

—Palabras vanas. De luto para in sécula ésta que lo es, con mi pañuelo a la cabeza, hasta las cejas calado, y mi moquero con cenefa negra.

El luto. Hasta la botonadura de las camisas del hombre, negras. Una fúnebre ola tiñendo mantos, vestidos, medias, zapatos, alpargatas...

Mandatos del negro, imponiendo su lóbrego imperio a través de variadas facetas, distintos rostros. En Mula, las mujeres, aun las de más porte y distinción, envolvían su cabeza con un pañuelo negro, cuidando ocultar totalmente el cabello. Las enlutadas de Yecla sólo salían a la calle de noche, siempre que ésta no contara con luna llena. En Ulea y Ojós el luto por el padre suponía aquella decisión del varón, un tanto singular, de dejar transcurrir varios años sin afeitarse. Detalles propios de la huerta mientras el luto durase eran los siguientes: ocultación de objetos de metal que pudieran reflejar la luz, platos del vasar o aparcador boca abajo; cuadros y estampas de cara a la pared; guitarras y castañuelas guardadas en el fondo del arca, al amparo del cromo de la Fuensanta pegado en el reverso de la tapadera con miga de pan amasada con salivica santa...

Frente a la rigidez pueblerina, la ciudad atenuaba, en cierto modo, los lutos —nos lo cuenta Carlos Valcárcel en su libro «Viejos recuerdos»—, lutos rigurosamente respetados, eso sí. Camisa blanca para el caballero; para la señora, velo o manto de crespón hasta media pierna o velo corto, nombrado “pena”. Portón a medio abrir. Persianas caídas, como cerrados párpados. Cortinajes con franjas negras. Crespones de luto en los faros y manecillas de las portezuelas de los automóviles, propiedad de las familias pudientes.



El luto, presidio y mordaza.

—¡Esos cantares a media voz!

—¡Esa ventana de par en par abierta!

—¡Ese abanico floreado!

—¡Esa risa malcontentada!

Cortada a cercén la tentación de un paseo por la plaza, y más la de una reunión de mozos y mozas, de un baile, de una función de teatro, de una tarde de toros... Hasta que un día el tiempo daba paso a lo que se denominaba «alivio de luto», el cual podía ofrecer una de las más finas emociones de la existencia, según Francisco Javier Martín Abril: la de descubrir cómo una bella mujer enlutada hasta entonces, salía a la calle de gris o violeta, esto es, de “de alivio de luto”. Era como si, tras una tormenta sobrecogedora, el sol, apartando los sucios nubarrones de plomiza panza, descubriese nuevamente el azul del cielo.

X. «TOSANTOS». NOCHE DE ÁNIMAS. CEMENTERIOS.

De la mano del otoño, viene noviembre, por estos pagos mes de «Tosantos» llamado. Se levantan entonces los primeros fríos y, mientras el cielo estrena su paleta de grises, golpea el viento al árbol hasta desnudarlo, inmisericorde, de sus hojas viradas en oro viejo. Se acorta la estatura del día, hecho más advertido en la huerta y en el campo que en la ciudad, en cuyas calles, bajo la cartelera que anuncia las fanfarronadas de don Juan, aparece, rasero en mano, la primera castañera, si puesta al día hoy por el “pretaporter”, ayer arrebujada en su parcheado mantón de figurilla de belén.

Son éstas las fechas en las cuales, como un último coletazo de caducados esplendores funerarios, la veneración a los muertos viene ganando todavía su apoteosis en una aceptación de ritos ancestrales, visitas al cementerio, peculiar gastronomía y culto de Ánimas, toda una pintoresca dosis de ingredientes que, manejados por el pueblo, hacen de la noche que media entre la festividad de Todos los Santos y la del siguiente día, a las Benditas Ánimas dedicada, nuestro celtibérico “halloween”.

Hasta hace muy pocos años, al llegar la tarde de Todos los Santos, comenzaban a doblar las campanas de todas las iglesias, toque de duelo que había de reanudarse el día de las Almas. En el norte de la región, en las tierras del altiplano, los mismos fieles subían a la torre de la iglesia, dando un toque de campana por cada difunto a honrar. ¿Campanas dije? El progreso ha taponado con el ruido, ensordecedor a veces, del “pub”, la discoteca, la moto, la radio y el



televisor, la voz de las campanas. ¿Quedan aún campaneros? ¿En qué apartado rincón del universo mundo se esconde hoy el último campanero, atento a «El precio justo», rellenando un impreso del «Bono-loto», pasando el último título de Sylvester Stallone en el vídeo...? Cinco toques llegó a manejar ayer el campanero de pro: el de agonía, el de arrebató, el de gloria o festero, el de ángelus y el consabido de duelo.

Decíamos. Mientras que, tarde de Todos los Santos, las campanas daban al aire su doliente son, en cada casa se renovaba —se viene renovando todavía en más de una— la costumbre de encender las lamparillas de aceite, una luz por cada difunto, símbolo de la luz perpetua o destino del alma del creyente. En un tazón de aceite navegaban las mariposas, parpadeantes, lenguas de un pentecostés casero. ¡Qué mínima, desvalida, parva luz, y cómo alcanzaba a iluminar, sin embargo, el corazón del hombre, vaso de tantos recuerdos dolorosos!

Día de Todos los Santos, comenzaba el novenario dedicado a las Benditas Ánimas, solemnizado con negras colgaduras, túmulo o catafalco en la nave central del templo, ciriales, incensarios, cánticos... También en ese día, continuando una tradición con posibles raíces célticas, las mejores ropas del arca eran destinadas a revestir las camas, en atención al oportuno descanso de las Ánimas.

¿Pues qué decir del cementerio engalanado? Un escaparate, una cruz de mayo trufada por el colorín del crisantemo, el amaranto o moeo de pavo, la dalia, la rosa, la lila, completo catálogo de flor funeraria al que más tarde se le uniría el clavel y el gladiolo.

Día de Todos los Santos se cumple la tradición de exornar sepulturas y panteones. Hasta no hace mucho tiempo, desde los últimos rincones de la leonera o desde las alturas del armario ropero se desempolvaba la voluminosa caja de cartón conteniendo el pensamiento de raso, un tanto siniestro, del que pendía la cinta de luto con “los tuyos no te olvidan”, en letras de purpurina. Camino del cementerio, en cestas de mimbre se embutían aquellos elementos decorativos con destino al fúnebre aderezo: las tulipas de limpio cristal, el rumboso jarrón, el santo de escayola, el mariposero, el par de ángeles adoradores, en fina pasta... Y las flores, aquéllas que en «La canción de la muerte», antes citada, hace alusión Vicente Medina, “coronas artificiales de flores de papel, de trapo, de pluma, de porcelana, de metal...”.

Una impronta de festejo mayor, un bullebulle de romería, iba ganando, a lo largo de la jornada, el cementerio. Luciendo su atuendo de los domingos y fiestas de guardar, gentes que, al amor del holgorio, poblaban las calles del camposanto, se detenían, admiradas, ante un panteón de lujo; se conmovían frente a una tumba abandonada, reían, contaban un chascarrillo baturro y se emocionaban hasta los tuétanos ante la ampliación fotográfica del difunto, coloreada a mano —otra costumbre que se pierde—, expuesta en lugar preferente de la sepul-



tura, escoltada ésta por la familia en pleno, de pelo a pie enlutada. Se indagaba enseguida un sucedido, un dato sabrosón sobre el currículum del difunto.

—¿De qué murió, oigan?

—Del aliacán, mal aborrecible donde los haya. Amarillo como la pajuela anduvo el pobre en su remate, talmente un cirio de Semana Santa.

—¡Pena de hombre, leñe, tan buen mozo!

—¡Ay, si ustedes lo hubiesen alcanzado el día de la boda, vestido de novio, con su cigarro puro y su clavellina en la solapa! Un galán de teatro, un dandi para la leja, no les digo más.

—Salud que no les falte para rezar muchos años por su alma.

Y continuando la amena andadura habían de pasar inmediatamente a la golosina de otras tumbas engalanadas, llevándose a la boca el rico tostón de granos de panizo o maíz, el salado altramuz, la pipa de girasol o corona... Porque "Tosantos", atrás queda dicho, traía aparejados los manes de una gastronomía propia, a saber: amén de las nombradas chucherías, las gachas de trigo o de maíz, las castañas, asadas o pilongas; los buñuelos de viento o de miel, los huesos de santo, como verdaderos huesos pelados cuya oquedad se rellena de dulce de yema; sin olvidar, claro, las glorias un tanto empalagosas del arrope y calabazate, áureo tesoro oculto en pucheros clausurados con yeso, tan típicos que en la actualidad dan pie a feria murciana de mucho atractivo, a la sombra de la iglesia de San Pedro montada.

A la caída de la tarde, comenzaba el retorno a la ciudad, dejando atrás la estampa del cementerio iluminado por centenares de lucecillas, como plantel de luciérnagas o verbena del más allá, ante la que alguien dado a la cavilación habría de reflexionar más o menos atinadamente sobre una filosofía barata de la muerte, cayendo en la cuenta de que, entre la apacible parcela del cementerio y la otra de la cercana ciudad que bulle y brama, goza y padece, odia y ama, se reparte la propia historia del hombre, de algún modo por muertos empujada, demasiados frente al escaso número que, proporcionalmente, cuenta el universo de los vivos, los cuales, si bien se mira, tampoco dejan de ser unos estimables proyectos de cadáveres para el futuro.

Está claro que el tema del cementerio nos llevará enseguida a contar con aquellas necrópolis de rumbo de las que, evidentemente, dispone la región. Antes de entrar en ellas, valga la mirada de urgencia por los cementerios de nuestros pueblos y aldeas, con tanta ternura, con tantos familiares esmeros conservados. Antonio de Hoyos, en el hermoso libro «Murcia, pueblos y paisajes» cita un día el de Bullas como cementerio romántico.

Todos los cementerios de pueblo se parecen y ninguno es igual a otro. Sánchez Camargo, autor de «La muerte de la pintura española», que anduvo siem-



pre en amistad con la muerte hasta salirle un día, enamoradamente, a su encuentro, trazó con mano maestra, la estampa literaria de estos modestos cementerios en los que, como estremecedor detalle común a todos ellos, encontramos el osario, colmena de huesos, anónima ceniza en cuya memoria manos desconocidas vienen depositando a menudo la dádiva de unas flores, con tan piadosa terquedad que, antes de que lleguen a mustiarse, han de verse reemplazadas por la nueva ofrenda.

Penetremos ahora, botones de muestra ambos en nuestra geografía regional de grandes cementerios, en el de Murcia, nombrado de Nuestro Padre Jesús, y en el de Cartagena, puesto al amparo de Nuestra Señora de los Remedios, pues Remedios se llamó en vida la esposa de don Jacinto Martínez y Martí, su fundador.

El de Nuestro Padre Jesús se inauguró oficialmente con varias inhumaciones el 7 de junio de 1887. Pedro Cerdán trazó su hermosa portada. En su citada «Nueva guía secreta de Murcia», Ismael Galiana se ocupa de los curiosos datos que, en relación con el cementerio, recogen Belando y Perelló en una de las primeras guías de Murcia, a fines del XIX publicada. “En los dos ángulos extremos de la fachada, existen con puerta independiente dos espacios o cementerios, destinados el de Levante a cementerio no católico, y el de Poniente, a cementerio de suicidas”. Y luego: “Por su situación y distribución, reúne cuantas condiciones la ciencia y las leyes reclaman para que no sean focos permanente de miasmas mefíticos...”. Y todavía: “Está abierto todos los días desde la salida a la puesta de sol”. Escoltada por las lanzas de los cipreses, se levanta la gallardía de los mausoleos y los panteones, entre ellos los de las familias de Erades-Navarro, Almansa, Peña, García y García, Pagán Morera...

Otros cementerios contó Murcia, como el de San Andrés, de catadura romántica, situado en mitad de la huerta. De su despiadada monda que en aras del nuevo urbanismo devolvió al paisaje jocundo de la palmera y el naranjo aquel siniestro carnaval subterráneo —encajes, terciopelos, uniformes y hábitos monacales, coloreados de nuevo por el sol— nos habla Carlos García Izquierdo: “Del nicho del panteón familiar, fue sacado también el cuerpo muerto de la niña de trenzas y lazos de oro. A mi espíritu exaltado le pareció que su vuelta a la luz había promovido gran alegría en aquella mansión de silencio, de reposo y paz que pronto sería destruida. Hasta los cipreses se sintieron rejuvenecidos y esparcieron sus ramas a los cuatro puntos cardinales, cantando un himno triunfal. La niña, con su trajecito de encaje blanquísimo y sus botas abotonadas hasta las rodillas, sostenía entre sus manos los tristes restos de una muñeca de cartón... La muñeca era la única muerta”.

El cementerio de Cartagena, proyectado por Carlos Mancha, se ubica en Santa Lucía, “tierra de cementerios”, según Zarco Avellaneda; lejana a las zonas pantanosas del Almarjal. El del Hospital Real y el llamado Parroquial de Santa



Lucía fueron clausurados “en beneficio de la salud pública” con la apertura de la antes nombrada necrópolis de Nuestra Señora de los Remedios, abierta el 8 de octubre de 1868. Francisca Carrillo la estrena el día siguiente de su inauguración oficial. Su ataúd desciende a la fosa todavía con olor a tierra virgen, tierra mollar, sin mancillar aún. El reloj de la torre de Santa Lucía marca las once de la mañana.

Una amplia vía flanqueada por robustos cipreses llevan al visitante hasta la iglesia. Tanto en su entorno como en las calles principales que a la misma conducen se levanta la pompa de los panteones, algunos de ellos estudiados detenidamente por Pérez Rojas en su «Cartagena 1874-1936. Transformación urbana y arquitectura». Se asumen aquí todos los neos de la época: los neogipcios, a un paso de las escenografías operísticas; los neorrenacentistas, con recuerdos italianizantes; los neogóticos, alcanzados por una intención de tarta confitera... En las cabeceras de las sepulturas, el mármol finge libros abiertos cuyas hojas nadie pasa, relojes de arena señalando la hora fatídica, antorchas de inmóvil llamarada, atributos de la Pasión, ángeles que para muchachas van, apuntando sus senos bajo la pétreo túnica... En un elevado estadio, un soberbio sarcófago de bronce sobre el que se derrumba un caudaloso paño, en piedra, acoge los restos de Isaac Peral.

Hermoso cementerio, en verdad, éste de Cartagena, perfumado por el viento yodado que del costado del Mediterráneo arriba, olor, sahumero, incienso de mar, veteado de profundos silencios. ¡Oh los silencios de los cementerios, lejanos a la crispada barahúnda de la ciudad! Huerto de los callados llamó alguien a los cementerios, reino de todos los silencios. Precisamente, paladeando un día los de un camposanto, “oyéndolos”, en una palabra, se equivocó Bécquer, enajenado sin duda por un falso espejismo de soledad, porque no son los muertos los que se quedan solos sino los vivos, nosotros, sin ellos.

XI. VOZ DE LA AURORA. SALVES DE DIFUNTOS. «EL RELOJ DEL PURGATORIO»

Rajando el cristal del aire, día de Todos los Santos, el canto de los Auroros encuentra sus ecos más entrañables en el paisaje de los cementerios.

*Están las almas metidas
en un fuego incomparable.
Sacadlas del Purgatorio,
Sagrada Virgen del Carmen.*

Almadrado de coloristas resonancias, el cancionero de Auroros nos acercará siempre el aroma de las viejas estampas huertanas: barraca, jarra de siete picos, arca, membrillo, “sená” de Semana Santa, verso de Vicente Medina...





A. SAEZ

Auroras en el cementerio

"Prohibida la reproducción total o parcial sin consentimiento del autor"





El Reloj del Purgatorio



Pastor Ortega pintó su «Auroros en la puerta del cementerio». Contemplando el cuadro, nos gana el inconfundible regusto de un tiempo irrepetible en el que todavía la huerta podía penetrar en la ciudad sin tropezar con el biombo del hormigón, frontera de los pisos colmena, hoy asfixiando la palmera urbana, la airosa cúpula, el campanario conventual, la mazorca de cartón de la carroza...

En 1978, la Campana de Auroros de Nuestra Señora del Carmen, de Rincón de Seca, graba el disco señalado con el número seis en la colección de música murciana perteneciente al catálogo de una importante casa discográfica. En la carátula de presentación, Carlos Valcárcel escribe: "En la voz de la Aurora de Murcia se escucha la voz de los siglos, el eco de los tiempos más lejanos, todo ello como genuina representación del más puro folklore religioso de Murcia y su provincia, recogido, conservado y transmitido por estos hombres de la huerta...". Precisamente en su discurso de ingreso en esta Academia escoge Valcárcel el tema de los Auroros bajo el título de «Pasado y presente de la Aurora murciana». Un año más tarde, publica su «Cancionero de Auroros», en el que recopila noventa y cinco textos diferentes correspondientes a los cuatro tiempos o ciclos de Aurora: Pasión, ordinario o mariano, difuntos o Ánimas y Navidad. ¿Podrá pagarle un día Murcia a Carlos Valcárcel su ejercicio de amor a la ciudad, su terca consagración a exaltarla, sus apasionadas murcianías, en fin?

De las salves que componen el ciclo de difuntos o Ánimas, es la que sigue la que dicha campana de Auroros perteneciente a Rincón de Seca deja grabada para la posteridad:

*Gloriosa Virgen del Carmen,
refugio y amparo nuestro,
Emperatriz de la Gloria,
Madre del poder inmenso.*

*Para Madre y Abogada
te escogió el Padre Eterno,
de las Ánimas Benditas
que están en el fuego ardiendo.*

*Metidas entre las llamas,
allí gimen sus lamentos.
Con tu Santo Escapulario
alvíales sus tormentos.*

*Cuando al Purgatorio bajas
con tu Escapulario bello,
Sagrada Virgen del Carmen,
a todas dales consuelo.*



*Rogad a su Majestad
las saque del cautiverio
y las lleve a descansar
a su Santísimo Reino.
Échales tu bendición,
Virgen Santa del Carmelo,
y con tu bendita gracia
te alabemos en el Cielo.*

La salve se redondea, como es costumbre, con la llamada “copla”, en la que se impetra la celestial intervención de la Virgen a favor de las atormentadas Ánimas:

*Dios te salve, María del Carmen,
oye los gemidos que las almas dan,
encerradas en el Purgatorio,
pidiendo clemencia a su Majestad.*

Solícitos, acuden los Auroros hasta la sepultura del amigo que se fue sin posibilidad de retorno, a la del familiar perdido, a la del difunto por cuya alma alguien requiere la intervención de la Campana...

*Hoy es el día de Todos los Santos.
Abre Dios sus brazos con justa razón
para todos los que bien cumplieron
los diez Mandamientos de la Ley de Dios.*

Se enreda aquí el fúnebre airón que juega con la proximidad del panteón y el mausoleo, el patético epitafio, el olor al aceite de la lámpara agitada por el viento, la espada del ciprés hendiendo el azul cobalto del cielo...

*En el fondo de una sepultura
descansan los restos de un alma inmortal.
Un escrito nos deja memoria:
“Requiescant in pacem” nos dice al final.
Debemos pensar
que la vida presente es muy corta
y a Dios larga cuenta tenemos que dar.*

Ciertamente estremecedora es aquella salve de difuntos llamada “de infantiles”, protagonizada por el niño que, al amparo de la cruz de su sepultura, confía ser librado de las penas del Purgatorio:

*Este niño que yace y espera
de su amado Hijo de la Trinidad
colocarlo con los serafines
en el trono excelso de la Majestad.
Ángeles bajad,
ayudarle a subir a este niño
que va a acompañaros en la Eternidad.*



El ingenuo dramatismo que impregna sus octosílabos no menoscaba lo que de juego y travesura mantiene «El reloj del Purgatorio», buscándole a cada campañada de sus doce horas su correspondiente alegoría: llagas de Cristo para las cinco, dolores de Nuestra Señora para las siete, Colegio Apostólico para las doce... Es ésta que a continuación se inserta la versión recogida por Alberto Sevilla en su «Cancionero popular murciano»:

*Estad atentos, mortales,
que vamos a desplicar
el reloj del Purgatorio
cuando la hora va a dar.
A la una, entre las llamas,
dicen con grandes lamentos:
¡Por un solo Dios, siquiera
rezarnos un Padrenuestro!
A las dos, todos suplican
a la Reina celestial,
porque dos Ánimas saca
el sábado cuando va.
A las tres, entre tormentos,
dicen con ayes profundos:
¡Por aquellas tres Marías,
rogad a Dios en el mundo!
Cuando el reloj se prepara
para las cuatro tocar,
con los cuatro Evangelistas
por las Ánimas rogad.
A las cinco, contemplando
de Jesús las cinco llagas,
le piden a Jesucristo
las saque de aquellas llamas.
A las seis, por las seis velas
que alumbraron al Señor,
le ruegan a Jesucristo
las saque de aquel ardor.
A las siete, contemplando
de María los dolores,
le piden a Jesucristo
que les dé sus bendiciones.
A las ocho están metidas
las almas en hondos pozos,
pidiéndole a Jesucristo
por aquellos ocho gozos.*



*A las nueve están pidiendo
a María con decoro
que las alivie su Hijo
por aquellos nueve coros.
A las diez todas padecen
grandes penas y tormentos,
todo por no haber guardado
de Dios los diez Mandamientos.
Once mil vírgenes fueron
coronadas de laureles,
y a las once mil les piden
las saquen de padeceres.
A las doce están pidiendo
al divino Apostolado
rueguen los doce por ellas
a Jesús Sacramentado.
De las Ánimas benditas,
cristianos, tened piedad;
que Dios las saque de penas
y las lleve a descansar.
Todo cristiano piadoso
debe tener en memoria
el reloj del Purgatorio
pa que Dios le dé la gloria.*

XII. EL SUEÑO, ENSAYO COTIDIANO DE NUESTRA PROPIA MUERTE. UNA LEYENDA PERSA. VIGENCIA DE LA MUERTE

Anden aquí, a la mano, los puntos finales. Sé, naturalmente, que la materia elegida da para más y que algunos de sus rostros y escorzos quedan fuera de estas cuartillas. Si no inagotable, frondoso al menos viene a salir el tema de la muerte murciana. Sin embargo, tampoco es cosa de cansar, claro. Por satisfecho me diera sí, frente a un futuro trabajo sobre la muerte, mejor compuesto y empedrado que el mío probablemente, al nuevo autor le sirviera de referencia aliviadora parte de mi discurso. No, no hay temor a que el tema de la muerte pierda vigencia. Se quiera o no, por mucho que se vanaglorie el hombre contemporáneo de haber planteado su existencia de espaldas a la muerte, ésta va a continuar completando su andadura, guadaña en mano, convocándonos cada noche a ese ensayo de nuestra propia muerte que es el sueño y haciéndonos recordar a la vez, por barrer para adentro, aquella decisión de Heidegger que hace de cada uno de nosotros, los vivos, "un ser para la muerte", verdad un tanto demoledora, cier-



tamente, que sólo el creyente aceptará con más o menos complacencia, a sabiendas de que su paso por la tierra sólo es tránsito hacia una vida más amable. En última instancia, para el cristiano no hay muertos.

En vigor la tiranía de la muerte frente a todo ardid por vencerla o al menos domesticarla, no me resisto a silenciar, porque a cuento viene, aquel breve apólogo persa con que Ramón Gómez de la Serna signó la primera página de su alucinante «Libro de los muertos y las muertas». Es el que sigue.

Un joven jardinero suplica a su príncipe:

—¡Salvadme, señor! Esta mañana he encontrado a la muerte y me ha hecho un gesto de amenaza. Quisiera huir lejos y hallarme esta tarde en Ispahan.

El príncipe le proporciona su caballo más veloz. Encuentra luego a la muerte y le pregunta:

—¿Por qué le hiciste un gesto de amenaza a mi jardinero?

—No le hice un gesto de amenaza —le responde la muerte— sino de sorpresa. Porque lo veía lejos de Ispahan esta mañana y debía llevármelo de Ispahan esta tarde.

También el hombre de hoy ha huído, por supuesto que inútilmente, a Ispahan. ¡Qué gesto socarrón el de la muerte, sin embargo, conociendo como conoce que, pese a todas las sagacidades para hacerle cara, jamás podrá ser destronada! Contra su poder se estrellan todos los avances del progreso que, como la hibernación, sólo sirven para detenerla, nunca para abatirla. Pasarán muchos años y en el transcurso de las edades el nuevo museo etnológico ofrecerá a la curiosidad del visitante, bajo el metacrilato de las vitrinas, como quien muestra un hacha de sílex, la aséptica urna de diseño de la incineración, la sofisticada maqueta de un tanatorio innovador y el ataúd biodegradable, confeccionado con aquella sustancia novedosa que salva al árbol de la tala, elementos funerarios tan legítimos como un Valdés Leal, una partitura de réquiem firmada por Mozart o un aparatoso túmulo de negros terciopelos coronado por una pelada calavera, todo aquello que hubiese hecho las delicias del hombre del barroco. No podrá ser ofrecida nunca, sin embargo, la fórmula por la que la muerte pueda ser derrotada.

No haya más por mi parte. Por los caminos de la muerte murciana peregriné amorosamente para ganarle al tema música y letra. De mi cacería por montes y sotillos del fúnebre folklore, al hombro las piezas cobradas, regresé con el ánimo prendido en aquel marchamo de lo que, por bautizarlo de algún modo, cultura popular de la muerte podemos llamar. No es uno quién para calibrar la bondad de los resultados obtenidos. En su momento confesé mi debilidad por lo bello antes que por lo útil frente a aquellas circunstancias que hoy dismantelan costumbres y tradiciones. En el fondo, cada victoria actual a favor de la caída de



los mitos, en la falsa creencia de que éstos recortan el vuelo hacia el futuro, es una hoja de acanto que se desprende del retablo de la civilización que, en contra de lo que algunos creen, no consiste en el triunfo de lo funcional sino en aquel saldo de una suma de amables convencionalismos, símbolos, sueños e imaginación, impuesta sobre los fáciles valores inmediatos, movilizadores del hombre primitivo.

De todos modos, aceptado por mí fue desde un principio el riesgo de una posibilidad de trastueque en la jerarquía de las valoraciones, haciendo acaso que materia de mucho rigor y mayor enjundia pudiese ser aquí tratada por la vía de la fútil divagación pintoresca, tentación explicable en quien como uno, insisto, aficionado salió al colorín de los ritos, a la impronta novelera, léase la apasionada lucubración personal. ¿Ponemos literatura? Pues, ea, literatura. Después de todo, es una de las pocas cosas que uno, mal que bien, continúa haciendo con entera complacencia.

